



Mientras consumía caminos del Perdiguero, pensaba qué significaba ser héroe. Todos hablaban de su hermano con ese término: padres, amigos, incluso los pocos vecinos que todavía les hablaban tras el Alzamiento y los primeros registros Nacionales. Un héroe, decían; un héroe. Y, mientras, cada día, con el miedo empapando sus huesos, quien cogía un atadillo con la escasa comida que tenían, cruzaba la ciudad y se adentraba en las arboledas de los Agudos silbando para llamar a su hermano el héroe era él. Cualquier día le pillarían y daría con sus carnes en una fría celda o quizá con sus huesos en una desconocida fosa. Le pillarían a él, a Miguel, no a Juan el héroe. Le pillarían a él, que sólo era buena persona, buen hermano y superviviente de los días infames. Él, y no el héroe, que tan sólo esperaba escondido en los montes mientras se arriesgaba Miguel.